

Esta es la historia de **una matrona romana** a la que llamaremos Porcia...



Porcia no tenía un rostro perfecto, ni un cuerpo perfecto, ni siquiera lo que constituía el perfecto carácter de una romana, pero sin embargo gustaba a los hombres. Siempre había sido así. Y ahora que la lozanía de la juventud estaba dando paso a una lánguida madurez, aparecía aún más deliciosa. El rubor que había coloreado sus mejillas de doncella cedía con los años a una fina piel pálida, menos tersa, y surcada ya por unas leves arrugas en torno a la boca y los ojos; pero éstas sólo se apreciaban en los momentos en que reía. Y como su risa era luminosa para el que la escuchaba, nadie reparaba en ellas. La turgencia amenazante de los senos con el paso del tiempo formó una dócil curva bajo el manto, un declive sereno, que incitaba más a contemplar su silueta. Cada vez que la joven Porcia había buscado la mirada de un hombre era él el que, al momento, ansiaba encontrarse con la suya. Claro que eso había sido entonces, antes de casarse. Ya habían pasado más de quince años, y en este tiempo Porcia no había provocado en los ojos de nadie pasiones ajenas, aunque muchas veces se supo contemplada. A su marido lo quería, de la misma manera que él la quería a ella. No había duda de que también la encontraba deliciosa. Por eso cada vez que se cruzaban en el atrio o en cualquier rincón de la casa, sin dejar cada uno sus múltiples quehaceres de patricios acaudalados, él le daba unas suaves palmaditas en el hombro, siempre en el mismo número, mientras meneando afirmativamente la cabeza y entornando los párpados continuaba su marcha. No le hacían falta palabras, y si pronunciaba alguna eran, desde hacía tiempo, tan consabidas e indiferentes que Porcia no se paraba a pensar si despertaban en ella interés o algún tipo de afecto: aminoraba los firmes pasos sobre los que se erguía la prestancia de su cuerpo, esbozaba una sonrisa esquiva con la cabeza baja, y continuaba su camino, justo con el

inicio del último golpecito sobre su espalda. En el fondo sabía que mirarle era verse a sí misma.

También quería a sus hijos. Eran el centro de su existencia, y lo habían sido más cuando eran pequeños, en aquellos años en que una tos, una fiebre, un sarpullido la llenaban de miedo, del terror más grande que había sentido nunca. Pero sus tres hijos habían crecido sanos, eran fuertes y apenas si se acatarraban en invierno. Y ahora no la necesitaban; salían pronto de casa con los esclavos para ir a las clases, o preferían la compañía y los juegos de otros muchachos de su edad. Y sabía que con el tiempo los iría perdiendo.

El poema que cambió su existencia lo encontró en el baúl, el día más triste de su vida: el día del entierro de su padre. La madre enlutada se lo había dicho:

–El baúl lo dejó para ti. En él había guardado, estos últimos años, recuerdos de cuando eras niña.

Su padre había sido el gran amor de su niñez, de su juventud... de siempre. Ella lo había adorado desde que a los pocos meses de vida comenzó a reconocerlo. Él, desde el momento en que alzó a aquella hija única y tardía en brazos.

Miró a su sombría madre y vio el esbozo futuro de su propia persona, pues a ella se parecía, aunque era más esbelta y de rasgos más finos. Pero donde se reconoció, en realidad, fue en la tristeza de aquella mujer. No en la pena de ese día, sino en otra más antigua y silenciosa, a la que se superponía la de ese momento.

–Fue un buen marido, y un gran padre, dijo la anciana.

Porcia pensó en su buen marido, que también era un gran padre... ¿y eso fue suficiente?

Pero reprimió la pregunta inadecuada.

Al poeta lo había visto una vez, cuando era adolescente. Era el famoso Catulo, que había llegado a Roma desde la Galia Cisalpina y conquistó con sus versos novedosos el corazón férreo de los adustos romanos. Había asistido a una cena en la casa familiar acompañando a un senador amigo de su padre. Al paterfamilias no le hizo mucha gracia,

pues fiel a las ideas de Cicerón, consideraba un divertimento insustancial aquella nueva poesía que entusiasmaba al vulgo, y además no cabía duda de que era una desvergüenza para la que debía ser la moral de la República.

Porcia, que jugaba en el peristilo, vio un corro de hombres que se había formado en torno al anfitrión. Charlaban con animación mientras se esperaba a que se reunieran todos los comensales. Entonces por la insistencia de algunos invitados, uno recitó el poema, y ella oyó que lo llamaban Catulo:

-Vivamus, mea Lesbia atque amemus...

Pero no parecía Catulo un amante torturado, sino más bien un hombre satisfecho por la compostura de su obra en la que se ha volcado su verdadera pasión: la perfecta creación literaria.

El gesto de su padre se torció aún más que con la simple presencia del poeta ¡Aquél nombre pronunciado en su casa! Podría ser ficticio, pero ¿no se sabía claramente de quién estaba hablando? ¿No se refería, acaso, a Clodia, la esposa de Metelo Celer, uno de sus mejores amigos? Eso fue lo que comentó al día siguiente a su mujer.

Y aquella noche el romántico espíritu de la adolescente intentó recordar las palabras que vibraban en su interior, pero resultaba imposible recordarlas en su totalidad. Sólo revoloteaban en su mente dos versos:

Da mihi basia mille, deinde centum... Dame mil besos, después cien, luego otros mil, luego otros cien...

Y, ebria de tantos besos repetidos, cayó, por fin, en el sueño.

-Quiero una copia de los poemas de Catulo, le dijo a su padre a los pocos días. El padre se negó al principio. Pero como era imposible para el hombre contrariar los deseos de su niña, cuando volvió a media tarde de las termas llevaba en un pliegue del manto un pequeño rollo de papiro.

- ¡Un solo poema! Catulo no es una lectura recomendable para una jovencita.

El poema era el mismo que había escuchado la noche de la cena.

- *Es el mismo que ya ha oído*, le dijo a su mujer. *Total, ya conocido, es el que menos mal puede hacerle.*

Durante muchos meses la joven Porcia lo recitó en silencio. Pero esos mismos meses y quizás también, la lectura de aquellas palabras, hicieron brotar en ella una mujer, una mujer delicada de cuerpo y esencia, y cuando se dio cuenta estaba casada. Su padre no escatimó en la dote de su adorada hija, y la madre comentaba con orgullo ante las otras damas, con tono secreto y confidente, el buen partido que habían encontrado para la niña.

Sentada en soledad, en la tristeza de aquel atardecer funerario desenroscó el papiro:

-Vivamus, mea Porcia, atque amemus...

Y esa noche sintió la caricia de sus propias manos, y la leve presión de las yemas que recorrían su cuerpo se convirtió en los miles de besos que prometía el poema.

La obra completa de Catulo se la proporcionó, la esposa de uno de los cónsules. Por supuesto, aquella madura mujer no preguntó por aquel repentino interés por la poesía, en aquella que pasaba en Roma por ser la esposa perfecta. Ella era, en cambio, y el sarcasmo era suyo, *más perfecta que esposa*. Mayor que Porcia, había estado casada otras dos veces y le había dado a la República ocho hijos legítimos. Eso bastaba para que tuviera el respeto de todos los hombres que entraban en su casa.

Entre aquellas líneas Porcia descubrió un mundo, un abismo inquietante. Las impetuosas palabras de amor se transformaban en arrebatos de pasión que la sobrecogían, y se escrutaba a sí misma intimidada por cada deleite desconocido que se producía en su interior. Pero pronto se acostumbró y alimentó aquellas impresiones nuevas con la repetición continua y muda de los versos: mientras hablaba a los esclavos, organizaba una cena, o asistía con su esposo a algún obligado evento.

Guardando dentro de sí este secreto, su belleza comenzó a cubrirse de un aura de misterio, pues aunque parecía atenta a sus labores y compromisos, todos la notaban ausente, sin saber nadie lo que ocupaba su mente.

(...) *Porcia* es hermosa. No sólo en todo es más bella que todas,

Sino que a todas robó todas las gracias también.

Y no eran sólo las composiciones de amor las que la complacían; aunque al principio le parecieron indecorosas, pronto vio en aquellas palabras soeces del poeta - palabras que nunca en su presencia habían osado pronunciar ni su marido, ni los asiduos a la casa, ni, por supuesto, los esclavos- la frescura de un arte sin disimulos ni reservas; de una vida sin disimulos ni reservas, o no decían los eruditos que el arte era el reflejo de la vida; y estalló en quedas risas mientras la mordacidad de Catulo estallaba, a la vez, en los versos.

Os daré por el culo y por la boca Mamón Aurelio y Furio marica,

Que me juzgáis poco púdico por mis versos, porque son afeminados.

Os daré por el culo y por la boca.

Una tarde, durante la siesta, el poeta, con esos caprichos de furia pasional que asaltan de improviso a los enamorados, hizo que la dulce *Porcia* cambiara de nombre para sentirse la dulce *Ipsitila*...

Te lo ruego, dulce *Ipsitila*, joya mía, mi belleza soñada: manda que acuda a ti a mediodía.....aquí yazgo, boca arriba a la fuerza, rebosante, atravesando mi palio y mi túnica, esperando tu auxilio.

Y por la noche el marido durante la cena, creyó notar en ella una triste indolencia. Pero, con esa pereza que invade al ser humano para indagar en lo ya conocido, no se dio cuenta de que donde veía tristeza tan sólo había distancia. *Porcia* no estaba triste, simplemente no estaba.

-¿Ya no lees ese libro de poemas? Preguntó antes de retirarse, después de un silencio que había durado toda la velada. Porcia sobresaltada mintió por primera vez en su vida.

-*Me aburren.* Creo que a pesar de su buena composición son intrascendentes, e incluso indecorosos. No sé cómo de niña hubo una época en que me gustó ese poeta, a no ser que se pueda explicar por la inconsciencia de la juventud.

- *Comes mal, querida. Esa melancolía es por ese empeño tuyo en tomar poco alimento.*

Y con tal sentencia el hombre se levantó de la mesa y se dirigió al tablinum a preparar un discurso que debía pronunciar al día siguiente en el senado, y al que llevaba dando vueltas todo el día.

¿Por qué había mentido? ¿Es que tenía ella algo que ocultar? ¿Había pecado en algo?...

¿Por qué había mentido? Esa noche fue la primera que estuvo desvelada hasta el amanecer. Ella que arrullada por sus propias ensoñaciones, caía después en un sueño gustoso y apacible.

Porcia, si está su marido no deja de echarme mil pestes. Y esto para ese infeliz es la mayor ilusión. No entiendes nada, so burro; si aquella me hubiera olvidado y se callara, estaría sana y curada de mí; Mas si rezonga y me insulta, se acuerda y- lo que es aún más grave- suelta su furia, es decir, arde y la llama hace hablar.

La mente de Porcia no era tan falta de entendimiento o estaba tan enajenada, como para no ser capaz de darse cuenta de su situación. Pero su corazón sentía miedo, un miedo que ni siquiera se confesaba a si misma, pues hacerlo era reconocer lo que dentro de ella estaba. Hizo el firme propósito de no leer más poesía y se enfrascó en las labores de la casa. Intentó distraerse con arreglos de habitaciones y, con frenética actividad, dirigió a los criados en cambios y limpiezas de baúles y armarios, encargó frescos y mosaicos para paredes y suelos, forró con telas nuevas los triclinios... El marido suspiró aliviado al ver aquel molesto pero útil trajín que le permitía olvidarse de las languideces de su esposa, y dedicarse con empeño a la candidatura al cargo de pretor.

Pero todos los detalles que alababan su madre, sus amigas, sus cuñadas se le volvían a Porcia una mentira, cuando los contemplaba en la quietud y soledad de los cuartos. Su casa le era ahora aún más extraña.

Salió a la calle, a mercados, espectáculos y tertulias. A veces veía un objeto que se le encaprichaba; a veces se distraía de sus pensamientos con una conversación. Pero siempre, en el momento justo en el que la alegría aparecía en una rendija de su alma, ya por la posesión anhelada o por la fogosidad de una charla, una pantalla de distancia la separaba del deseo y del entusiasmo, y la sumía de nuevo en la insatisfacción.

Odio y amo. Cómo me preguntas puedo hacer esto.

No lo sé pero siento que sucede y sufro.

Y un día después de varios meses se cruzó, como de costumbre, en el atrio con su esposo, y éste, indiferente, tamborileo su mano contra el hombro conyugal y comentó, contentó, pues últimamente veía a su alcance las aspiraciones que perseguía:

- Ves como lo que te hacía falta era salir y entretenerte, si ya te dije yo que es que comías muy poco. Diviértete, querida, diviértete...

Había sido él el primero en faltar a la coreografía acostumbrada, al ritual mudo de cada encuentro. Si nunca hubiera pronunciado estas palabras, si sólo hubiera seguido, en silencio, como todos los días, el callado baile del atrio... Porcia buscó sus ojos antes de que el cónyuge siguiera su camino, y detuvo en ellos, lentamente, una mirada inquisitoria. Por primera vez un hombre, su marido, bajaba la vista ante aquel rostro adorado tantas veces por otros. Y la resquebrajada fábula, ficción o fingimiento de aquel matrimonio, que durante años se había mantenido en equilibrio mediante aquellos estudiados rituales, cayó en ese preciso momento al suelo hecha añicos.

Lugete o Veneres Cupidinesque y cuántos hombre haya sensibles...

Ha muerto el gorrión de mi niña... el gorrión...delicia de mi niña.

Tampoco durmió esa noche ni siquiera llegó a acostarse. Enjaulada en su cuarto dio vueltas enajenada y fuera de sí. Y cuando en la casa todos estaban ya sumidos en el necesario descanso, una sombra blanca, la de Porcia, cruzó el peristilo.

Se vio a sí misma, descalza y sin manto, reflejada por la luz de la luna en el estanque del jardín. La puerta trasera pesaba poco. Por un sendero se descendía directamente al frío Tíber. ¿Era allí a dónde iba? Creía que sí, pero no lo sabía. Se acordó de su amiga, la esposa del cónsul. ¿Podría ella ayudarla? Antes de descorrer el cerrojo arrojó, también, al estanque los rollos de papiro. Ya no quería llevarlos. Y entonces oyó la húmeda voz del pérfido poeta que ahora, despechado, se volvía contra ella:

Celio, la Porcia nuestra, Porcia aquella, aquella Porcia sola a quien Catulo más que a sí mismo quiso, y que a los suyos, ahora en callejones y en esquinas se la pela a los nietos del magnánimo Remo.

Se tapó los oídos con las manos. Tenía que abrir la puerta. Y a ella se encomendó la desdichada:

- Sedme, jamba, hoja y goznes propicios. Aún no sé a dónde voy, ni si existe la vuelta. Resistid los embates de la brisa nocturna, resistidlos por mí, no cedáis a que os cierre, ni despertéis de un golpe a los que en casa duermen. Si encuentro algún consuelo en esta oscura noche a mis penalidades, serás mi salvación antes del alba, si no te hallo cerrada.

Tenía que abrir la puerta, pero el temor a volver a escuchar las palabras perversas del poeta la mantenían paralizada. Por fin bajó las manos y descorrió el cerrojo y al empujar suavemente la puerta hacia su cuerpo se sobresaltó con un quejido de los hierros. Pero sintió un repentino alivio. Creyó ya estar salvada. La puerta había escuchado, y como en un aliento, había repetido para ella con metálico ruido:

Vivamus, mea Porcia, atque amemus....

Eróstrato

